

Al fin aquel intrépido marino,  
 Pesar sintiendo en su cerebro el mundo,  
 Se abrió por entre el piélago profundo  
 Á su creación fantástica el camino;  
 La halló; y mi padre, de Colón amigo,  
 ¡Le vió morir la muerte del mendigo!

Sin embargo, mi padre generoso  
 Volvió á verter su sangre en esta tierra :  
 Por el Rey, para el Rey hizo la guerra :  
 Sacrificó familia, hogar, reposo,  
 Todo para ser muerto oscuramente,  
 ¡Ay! y dejar la infamia en nuestra frente.

Sus canas, sus servicios, no pudieron  
 Redimir el honor del buen anciano.  
 ¡Así nos paga el Español tirano!  
 Ese fué el premio que las leyes dieron :  
 Grillos para Colón, para mi padre  
 Infamia, y orfandad para mi madre...

¡Ah! ¡mas la mancha que dejó en mi frente  
 De un déspota cobarde el anatema,  
 La cubriré con la imperial diadema,  
 Y nadie la verá, si alguien la siente!...  
 ¡Padre! ¡tengo tu espada! ¡Tu apellido  
 Será y tu honor, con sangre redimido!

Si; ¡yo te vengaré!.. ¡Wálter! espero  
 Que tú, cual siempre, inteligente, astuto  
 Cojas también de mi victoria el fruto,

Prestándome tus luces y tu acero.  
 Ayúdame á vencer, y el mar profundo  
 Te tendrá por señor... de árbitro el mundo.

## CUADRO SEXTO

### EL JURAMENTO

WALTER.

Te felicito, Alvar : has sido franco;  
 Y no te pese, que la artera maña  
 No puede alucinarme, ni me engaña.  
 Al decir la verdad, diste en el blanco;  
 Y pues la has dicho sin disfraz y entera,  
 Mi respuesta también será sincera.

¿Qué somos?—¡Dos bandidos—note asombres!  
 Llevamos nuestros rótulos escritos  
 Sobre la frente : infames y proscritos,  
*El Pirata, el Traidor*, son nuestros nombres.  
 Mas de la empresa el éxito sublime  
 Borrará puede el baldón que nos oprime.

Yo, que á la humanidad juré la guerra;  
 Yo, del mundo en justicia aborrecido;  
 Yo, que ando disfrazado, perseguido,

Peregrino y errante por la tierra,  
Yo contemplo con júbilo la puerta  
Por tu ambición á mi ambición abierta.

Ofrecerte morir vano sería :  
Bien sabes tú que mi existencia amarga  
Es una grave, insoportable carga,  
Que al infierno con dote ofrecería :  
Juégola con desdén, ora en las olas,  
Ora contra las armas españolas.

Esos que entre oro y púrpura se mecen ;  
Esos cuyo instrumento infame he sido,  
Esos reyes, Alvar, que yo he servido,  
Y no saben cumplir ni lo que ofrecen ;  
Esos que me buscaron por discreto,  
Matándome, mataran su secreto.

Yo desconfío de ellos. Por el mundo  
Vago, cual ave que extraviada y sola  
No ve otra cosa que la hirviente ola  
De un mar sin horizontes é iracundo...  
Así estoy... ¡Ah! ¡mi situación me espanta!  
¡Huye entera la tierra de mi planta!

Soy tuyo, Alvar; ¡soy tuyo! y á tu lado,  
Lejos de toda inspiración perversa,  
De tu fortuna, próspera ó adversa,  
Me convierto en partícipe y aliado.  
Oro tengo, y nobleza... compraría;  
Quiero gloria, poder y nombradía;

Quiero que una mujer á quien adoro,  
De mi desgracia heroica compañera,  
Sea de mis hazañas la heredera,  
Y que, de hijos y nietos el tesoro,  
En sucesión perpetua, mi alto nombre,  
Á los pueblos conmueva y los asombre.

De todo soy capaz : sé tú primero,  
Que nadie sino yo será segundo.  
¡Yo en el mar, tú en la tierra! Verá el mundo  
Si puedo ser tu digno compañero.  
Arregla tú la tierra, que yo solo  
Me basto para el mar de polo á polo.

Hora mándame, Alvar: ordéname algo  
Extraordinario, y peligroso, y grande :  
Quiero que un imposible se me mande  
Para que tú conozcas lo que valgo,  
Y sepas que no hay riesgo, empresa ó lance,  
Que á detener mi atrevimiento alcance.

ÁLVARO.

Voy á explicarte...

WALTER.

Explicación no cabe  
Del superior al inferior : disuena  
Esa frase en tu labio : impera, ordena :  
Tu situación, mi situación es grave;  
Y que uno mande la victoria espera,  
Que el resto calle, y obedezca, y muera.

ÁLVARO.

Con esa decisión y esa doctrina  
Por pocos y valientes profesada,  
Cediera el universo ante mi espada  
Y ante su irresistible disciplina.  
Te reconozco, heroico compañero,  
Segundo en mando y en virtud primero.

Te voy á complacer; mas parte ahora,  
De misionero el venerable traje...  
Cambia por aquel hábito salvaje...  
¡Oye! mañana, al despuntar la aurora  
Debo tenerte preso, encadenado,  
Y á suplicio infamante condenado.

La turba imbécil rogará entre tanto  
Por ti, inocente, mártir, prisionero;  
Y luego penetrando al campo ibero  
Con el prestigio y el poder de santo,  
Victima amada, tenderás el lazo;  
Guerrero fuerte, vencerá tu brazo.

Confiada á tu lealtad mi estratagema,  
Prepárate á vencer, Wálter; y sabe  
Que del humano corazón la llave  
Es de oro; y que yo tengo por sistema  
Comprar ó destruir á mi enemigo.  
Así, ó deja de obrar, ú obra conmigo.

Pero el oro no basta : que el acero  
La confusión, el fuego, la sorpresa

De un ataque imprevisto en esta empresa  
Me den un triunfo inevitable, quiero.  
¿Tendrás valor?

WÁLTER.

Le tengo, castellano;  
Venza ó perezca en el combate, gano.

ÁLVARO.

¿Puedo confiar en que el metal impuro  
Corra, y de la traición riegue el veneno?

WÁLTER.

Lo juro.

ÁLVARO.

¿Incendiarás, si te lo ordeno,  
El almacén de pólvora?

WÁLTER.

Lo juro.

ÁLVARO.

¿Harás que Rila se retire, y luego  
Sorprenda, ataque, al divisar el fuego?

WÁLTER.

También lo juro, Alvar; y ante mi saña  
Servida por mi brazo en ese día,

Cederá la vil turba en su agonía,  
 Como cede la espiga á la guadaña  
 Del segador. Atiende mi promesa :  
*Te daré la ciudad vuelta pavesa.*

Si no lo hiciera, Alvar, puedes buscarme  
 Do haya mayor estrago, muerto al lado  
 Del más valiente, y en su sangre ahogado.  
 Júrame tú que irás á rescatarme,  
 Y que del Cauca en la corriente pura  
 Me darás una digna sepultura.

Yo le tengo un horror supersticioso  
 Del polvo vil al ávido gusano.  
 Lego mi cuerpo al mar : que al Oceano  
 Le lleve aquel torrente poderoso;  
 Que las ondas, objeto de mi culto,  
 Mis átomos reciban en tumulto.

No exijo más; éste es mi testamento.  
 Quede á la muerte la elección del día,  
 Siempre que sea corta mi agonía.  
 ¡Mi cuerpo! Alvar, ¿con tu palabra cuento?

ÁLVARO.

Tu cuerpo... ¡Qué! ¿de perecer se trata?

WALTER.

Eso no es contestar. Di ¿quién rescata

El cadáver de Walter, que á la muerte  
 Se va á precipitar, ó á la victoria,  
 Á quien infamia eterna ó alta gloria  
 Puede igualmente deparar la suerte?  
 Es posible morir; vencer espero :  
 Di ¿mi cadáver salvarás si muero?

¿Si ó no?

ÁLVARO.

¿Y qué importa, compañero mio,  
 Del barro vil la degradada escoria?

WALTER.

¡Álvaro! ¡escucha y calla! Hay una historia  
 Que revelara mi cadáver frío :  
 Una familia, un nombre que reclama  
 De mí, que salve, aun al morir, su fama.

Si triunfamos, mis hechos redentores  
 Digno me harán del inclito apellido;  
 Mas ¡ay! si fuere por mi mal vencido,  
 Quiero dejar en paz á mis mayores,  
 Ya que el éxito sólo hace propicia  
 Eso que el hombre llama su justicia...

Hay en mi cuerpo sendas inscripciones,  
 Motes, armas... ¡juguetes de marino!  
 Que revelan mi nombre, mi destino,  
 Mis abuelos, mis padres, sus blasones;  
 Y á Satán doy el alma, pero al hombre  
 Ni confío mi cuerpo, ni mi nombre.

Si quieres de mi brazo estar seguro  
Presta, Alvar, el solemne juramento.  
Ó juras rescatarme, ó no consiento  
En vencer ni en morir.

ÁLVARO.

Pues sí lo juro :  
Por las cenizas de mi padre, ofrezco  
Que rescato tu cuerpo, ó que perezco.

WALTER.

Todo está hecho.

ÁLVARO.

Al despuntar la aurora  
Estarás preso; parte sin demora :  
Urge el tiempo; mañana en la ribera  
Del Cauca, vaga errante y conturbado,  
Como quien busca titubeando un vado.

WALTER.

Hasta mañana al alba...

ÁLVARO.

¡Pero espera!  
Lleva este anillo : ¡es prenda de respeto!

WALTER.

Mi solo talismán es el secreto.

¡Se fué! La guardia ronda, Álvaro vela;  
Y apenas raya el esperado día,  
Á vista del despierto centinela  
Walter por la ribera aparecía.  
Detenido, á las súplicas apela;  
Juzgado, es condenado como espía.  
Así disfraza el déspota discreto  
De mártir á su cómplice secreto.

Aquel tirano suspicaz y grave  
Las duras artes del gobierno entiende;  
Rebelde antiguo, demasiado sabe  
Que del secreto su éxito depende.  
Al vulgo sólo obedecer le cabe,  
Y de su labio y de su ceño pende  
La armada multitud, que su absoluta  
Voluntad ni resiste, ni disputa.

El solo el premio y el castigo ordena,  
Junta, altera, disuelve las legiones;  
Su voz urge á la turba, ó la refrena,  
Excitando ó templando sus pasiones :  
Su voz remacha ó rompe la cadena,  
Y su voz abre ó cierra las prisiones :  
Así, cuando don Álvaro lo quiere,  
Fúgase el preso, el centinela muere.

La fama de que un pobre misionero  
Está expuesto á la muerte y á la afrenta,  
Cunde por la ciudad : el pueblo entero  
De la noticia tiembla y se lamenta;

Y el prestigio del falso prisionero  
 Con romancescas fábulas aumenta  
 La víctima futura, que al santuario  
 Va á orar por el futuro victimario.

Tal es el mundo : nunca conocemos  
 Á quién hemos de odiar, ni á quién amamos;  
 En pos del mal sin término corremos,  
 Y necios ir detrás del bien pensamos;  
 Rogamos por el mártir que no vemos,  
 Y al amigo mejor sacrificamos;  
 Fiamos en la hipócrita apariencia,  
 Y sólo para errar tenemos ciencia.

## CUADRO SÉPTIMO

### EL ERMITAÑO

Entre la sombra solitaria y fría  
 De la apartada y secular montaña,  
 Sin más bienes que el cielo y su cabaña,  
 Vive un varón en honda soledad.  
 La férrea mano del dolor marchita  
 Los blancos lirios de su clara frente,  
 Mas su mirada reverbera, ardiente  
 Con el vigor de la primera edad...

Tal vez su vida el porvenir encierra;  
 Tal vez de Dios la previsión divina

Á cumplir sus decretos le destina,  
 Y tiene su arma y su instrumento en él.  
 ¿Quién comprende al Señor? Él eslabona  
 Nuestras acciones; y su diestra lanza  
 Ya un esparto, ya un mundo, en la balanza  
 Del Universo, y equilibra el fiel.

Ora ante el cesto en que Moisés naufraga  
 Un leve junco sobre el Nilo tiende,  
 Y de ese junco el porvenir suspende  
 De la raza bendita de David :  
 Ora parece deteniendo el astro  
 Que dirige al ocaso su carrera,  
 Porque su luz derrame en la pradera,  
 Y el pueblo de Israel siga en la lid.

Dios, que esconde su origen, no en el tiempo,  
 Que el tiempo está por lindes circunscrito;  
 Dios, para quien lo eterno y lo infinito  
 Sólo atributos de su esencia son;  
 Dios, que esconde su fin, no en lo futuro,  
 Que lo futuro á ser para Él no alcanza;  
 Dios, en quien no hay memoria ni esperanza,  
 Porque sólo hay presente para Dios;

Si; Dios se digna gobernar al hombre,  
 Porque todo lo abarca : Él es perfecto,  
 Y da leyes al sol como al insecto,  
 Y cuida al ángel y al gusano vil;  
 Todo lo crea, y lo gobierna todo :  
 Ya de mundos innúmeros tachona

El cielo, ya los reinos eslabona  
 Á la suerte de un hombre ó de un reptil.

Muerda á Colón un áspid, y el destino  
 Cambia del Universo : los millones  
 Que han venido á poblar nuestras regiones  
 No serían siquiera los que son.  
 Rómpase el débil cáñamo en que cuelga  
 La madre á Fulton en su pobre cuna,  
 Y la industria del mundo, y su fortuna,  
 Quedan, porque él no piensa, en la inacción.

Como al contacto eléctrico se cimbra  
 Una cadena de extensión inmensa,  
 Del genio al soplo se despierta, y piensa,  
 Y obra, y corre al poder la humanidad.  
 Para toda medita Galileo,  
 Y el ciego Homero para toda canta,  
 Y Saulo y Pedro, en su doctrina santa,  
 Enseñan para toda, la verdad.

Una es la humanidad. Ibero y chino  
 Y colombiano y tártaro remoto  
 Navegan juntos; mas del mar ignoto  
 Dios sólo el rumbo y los escollos ve;  
 Y porque Él solo es sabio, y Él conoce  
 Solo del puerto el último reparo,  
 Alza en la mar, por nuestro bien y amparo,  
 El faro inextinguible de su fe.

Entre tanto el filósofo presume  
 Que la dicha con números calcula,

Y en balanza sin fiel pesa y regula  
 Los átomos de bien y de salud.  
 ¡Necio! sólo una regla hay para el hombre :  
 El crimen siempre á la desgracia induce,  
 Siempre á la dicha la virtud conduce,  
 Siempre la fe conduce á la virtud.

Con la fe vuela Codro al matadero  
 Á salvar á su pueblo del dorianio;  
 Con la fe vence al persa el espartano,  
 Resiste á Roma el scita con la fe.  
 Sócrates, al sentir el zumo ingrato  
 Del veneno mortal helar sus venas,  
 Ríe dejando á su querida Atenas,  
 Porque otra patria tras la tumba ve.

Ante los doce de Yatreb, que anuncian  
 De un Dios único y grande la doctrina,  
 La muchedumbre idólatra se inclina  
 Cual se inclina la espiga al huracán;  
 Y al brillo de sus corvas cimitarras,  
 Y pidiendo á la muerte el paraíso,  
 Entre Brahma y el Cristo, de improviso,  
 Le alzan su trono anchísimo al Corán...

¡Salve! ¡insigne virtud! Tú, que pudiste  
 Obrar tantos milagros de pagana,  
 ¿Que no harás, si pacífica y cristiana  
 Iluminas al mundo con tu luz?  
 ¡Tú, que al Dios bueno á conocer enseñas,  
 Tú, que pudor y caridad inspiras,

Tú, que arrancando al corazón sus iras,  
Unes al Universo con la Cruz!

Sin ti se agita estacionario el chino  
Entre mares de oprobio y de riqueza;  
Sin ti levanta apenas la cabeza  
El polígamo y laso musulmán;  
Y los indos, en castas separados,  
Desconociendo tu igualdad sublime  
So el peso del bretón que los oprime,  
Bárbaros son, y en la ignorancia están.

¡Oh! Si el pueblo de Cristo es solo grande;  
Si para hacer viajar su pensamiento  
Ha arrebatado el rayo al firmamento;  
Si puede al mar y al huracán vencer;  
Si el Universo entero se somete  
Al vigor de su espíritu fecundo,  
En tu doctrina santa ¡oh luz del mundo!  
El secreto ha de estar de su poder.

¡Ven, por piedad! ¡No dejes de mi patria  
El verde valle, la tendida loma;  
Guárdale su pureza de paloma  
Á la nación cristiana en que nació!  
Guárdala, y en las ondas bienhechoras  
De tu corriente pura y cristalina,  
Purifica á la raza granadina,  
Para que medre deleitada en ti.

¡Sí, ven! De Dios en el designio sabio  
Nada hay desordenado ni violento :

El progreso del hombre es un portentoso  
De tu tranquila y natural acción.  
¡Ven! inspira á este misero ermitaño,  
Que su dolor y lágrimas oculta  
En esta selva solitaria, inculta,  
Para que salve al mundo de Colón.

¡Pobre eremita! La aflicción agobia  
Su frente melancólica y sombría,  
Y hasta su risa, cuando asoma, es fría  
Como la luz de hoguera funeral;  
Y vive como el águila, alcanzada  
De flecha aguda, que orgullosa emprende  
Su vuelo al monte, y solitaria tiende  
Al punzante dolor su ala imperial.

Su mirar, ora vago, y ora fijo,  
Y el amargo sarcasmo de sus labios,  
Revelan su pesar por los agravios  
Que de su hermano, el hombre, recibió;  
Pero sólo es pesar : noble en su orgullo,  
Huyó el placer de la venganza impía;  
Y apartado del mundo, en su agonía,  
Á Dios por solo protector buscó.

Odio no siente : el odio le atormenta;  
Por placer ama, por virtud perdona;  
Y hasta al amigo infiel que le abandona,  
Recuerda compasivo en su desdén :  
De la Natura admirador, en ella  
Busca de su conducta el alto ejemplo,



Y es su inocente corazón un templo  
Que el mal no mancha y que perfuma el bien.

Tienen á veces lágrimas sus ojos,  
Y por su grave rostro buscan paso  
Cuando, con el crepúsculo al ocaso,  
Entona el toche su postrer canción :  
Al pajarillo huérfano, al insecto  
Protege y cuida su piadosa mano,  
Y ataca al tigre de su fuerza ufano,  
Y roba sus cachorros al león.

Hay en su albergue rústico y angosto,  
Tallado en bronce, un santo crucifijo,  
Á cuyos pies el solitario fijo  
En ferviente oración postra la faz.  
Sin obtener alivio, ó sin pedirle  
Quizá con fe sincera y esperanza,  
Dos sentimientos á hermanar no alcanza ;  
Guerra consigo, y con el cielo paz.

Porque extraviado por la ciencia vana  
Interrogó la misteriosa y muda  
Verdad del Increado, y de la duda  
Hundióse en el abismo aterrador.  
Rota la fe, no hay vínculo bendito  
Que á Dios nos una : sin piloto vamos,  
Y del delito en los escollos damos,  
Que oculta el mar funesto del error.

Penden á un tronco, de diversas ramas,  
Quizá objetos de culto á su memoria,

Quizá recuerdos de pasada gloria,  
El terso casco y el bruñido arnés :  
El arcabuz y la templada espada,  
Con solícito esmero aparejados,  
Están en cruz, á la pared colgados,  
Bajo un negro y espléndido pavés.

Pace un potro robusto en la explanada  
Frente á su choza, y sobre el tronco inmoble  
La da su sombra protectora un roble,  
Del huracán y el tiempo vencedor :  
Y libros tiene, y el papel amigo  
En que la hiel del ánima derrama,  
Pensando acaso que á la eterna fama  
Legará con su nombre su dolor.

Las aves libres, que del hombre evitan  
El sanguinario destructor instinto,  
De su choza al pacífico recinto  
Suelen albergue y protección pedir ;  
Y el ermita acaricia deleitado  
Aquellos seres, que en su torno vuelan,  
Ó, en sus hombros sentados, no recelan  
Que él los pretenda esclavizar ni herir.

Sin más consuelo, en soliloquio eterno  
El solitario se habla y se responde ;  
Huye del mundo, y en la selva esconde  
De la enemiga humanidad su hiel.  
Y les habla á los árboles, y goza  
En hacer que repliquen á su acento

Los ecos, que, en fantástico conciento,  
Cambian sus notas rústicas con él.

Á veces suele armarse, y cabalgando  
El noble potro á su querer sumiso,  
Por la selva se interna de improviso  
Abandonando su mezquino hogar;  
Y veredas incógnitas trillando,  
Visita precipicios y torrentes,  
Cuyos arroyos túrbidos é hirvientes  
Se deleita en vencer y atravesar.

Alta es su frente, su ademán resuelto,  
Ancha su espalda, leve su cintura;  
Descúbrese en su elástica figura  
La agilidad robusta del león;  
Velan su rostro, en rizos de azabache,  
La escasa barba y luenga cabellera;  
Lanzan sus negros ojos la certera  
Y atrevida mirada del halcón.

Hicieron ya las armas su embeleso;  
Mas de su vida el misterioso hilo,  
Por qué le niegue la ciudad asilo,  
Nadie saber pretende ni inquirir.  
Ser generoso, el bárbaro le admira  
Y cuida con benévolo respeto,  
Que de su vida el misero secreto  
No llegue el vencedor á traslucir.

¡Precaución vana! La hora se aproxima  
De prueba para él : no hay paz ni calma

Cuando la espina del amor del alma  
No abandona á su víctima jamás.  
Él ha servido á su opresor, y al malo  
Ningún favor ni beneficio liga :  
Con más tesón que el mal, el bien castiga  
La ingratitud, porque le pesa más.

## CUADRO ÓCTAVO

### LA CARTA

Era la tarde. Pálido teñía  
La selva el sol con su postrera lumbre,  
Y con sentida y blanda pesadumbre  
Gorjeaba el ruiñeñor su último adiós.  
La leve brisa apenas susurraba;  
Murmuraba tranquilo el arroyuelo;  
Y el puro azul del infinito cielo  
Presentaba un dosel digno de Dios.

Ya la tórtola amante y soñolienta  
El postrimer arrullo despedía,  
Y al arrullo, arrullando respondía  
El compañero oyéndola quejar.  
Cantó ya el toche el himno de la tarde;  
Blanda bajó la mirla al grato nido;  
Y despidióse el cóndor afligido  
Del sol que se hunde en el lejano mar.